

EL MUNDO PINTORESCO,

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 31.—23 Setiembre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.

SUMARIO.

Biblioteca de San Marcos, en Venecia.—El sol (poesía), por don Juan A. Loren y la Hoz.—Pascual Bruno, por A. Dumas (conclusion).—La estrella de la tarde, por don Ramon Real de Mendoza.—Caballos célebres, por don V. J. B.—Á C... en sus dias (poesía), por don Antonio Corzo y Barrera.—York, por F.—Cuentos alemanes por Hans Christian Andersen (cuento octavo: historia segunda).—Refugio contra la tormenta, por don Juan Bautista Ferrer.—Variedades.

LÁMINAS. Ibrahim bajá, virey de Egipto.—Plaza de la Concordia, en París.—El trabajo simboliza la virtud.—Florero y fuente de salon.

BIBLIOTECA DE SAN MARCOS,

EN VENECIA.

Francisco Petrarca en 1360, y un siglo despues el cardenal Bessarion, sucesivamente arzobispo de Nicea y patriarca de Constantinopla, hicieron donacion á la república de libros muy raros y curiosos: el cardenal, particularmente, se dice que realizó este proyecto, porque creia que no habia entonces punto mas á propósito y seguro para conservar la coleccion de obras griegas de todas ciencias que con tanto trabajo, desvelo y gastos habia reunido; y sobre todo, porque deseaba mostrar su reconocimiento á la gran ciudad que le habia dispensado el honor de admitirle entre su nobleza. Enriquecida con unos tesoros depositados por espacio de largos años en un local provisional, adoptó por fin la república en 1536, la resolucion de construir un monumento digno de tan preciosa coleccion, y desde aquel momento pensó en elegir un arquitecto de mérito, hallando el que deseaba en Jacobo Sansovino (1), que ocupó, despues de muerto el que la desempeñaba en propiedad, la superintendencia de la iglesia de San Marcos y demás obras adyacentes, y cuya reputacion comenzaba ya á acrecentarse. En virtud de orden del Senado, quedó encargado de presentar el proyecto; y habiendo merecido su aprobacion el dibujo que al efecto hizo, se procedió á la obra desde luego. El punto que se destinó para esta construccion fué uno situado frente al palacio Ducal, que por una parte, por la del mar, confronta con la casa de la Moneda, y por la otra llega hasta el Campanil, situado enfrente de la iglesia de San Marcos.

Cuando Sansovino concibió el plan de la fachada de su monumento, creyó, y no sin razon, que se prolongaria por el lado izquierdo de la plaza de San Marcos, y así le dió la misma elevacion que á las *Procuradurias Viejas* que están enfrente, tratando de esta manera de conservar la conveniente regularidad y la altura que correspondia á la plaza intermedia. Pero aunque tomó como base de su proyecto la obra de Buono y de Lombardi, no adoptó en lo demás su sistema, pues en vez de tres pisos que dieron los mencionados arquitectos á su construccion, Sansovino se contentó con dos órdenes solamente, poniendo encima, con el objeto de compensar la diferencia, un ancho friso, adornado con esculturas y con una balaustrada á manera de cornisamento. Procediendo así, concurría por su parte á la ejecucion de un conjunto que seguramente se asemejaba á las cons-

(1) Jacobo Tatti, de quien hemos hablado en uno de nuestros últimos números.



Ibrahim bajá, virey de Egipto.

trucciones anteriores, pero en el que sin embargo quiso dejar perpetuadas su memoria y cooperacion por medio de ciertos rasgos que le fuesen peculiares, y en que pudiese hacer ostencion de su grande ingenio. Tal es en efecto la consecuencia que se puede deducir despues de examinada su obra; siendo únicamente sensible por lo que hace á la regularidad, que Scamozzi, que terminó la obra de Sansovino despues de la muerte de este, y concluyó la plaza de San Marcos con sus magníficas *Procuradurias*, no hubiese imitado la prevision de su antecesor.

El edificio de la Biblioteca de San Marcos es todo de piedra de Istria. Su mole, erigida sobre tres gradas, presenta en el piso bajo una longitud de veintinueve pórticos, situados en la *Piazzetta*; y otros tres semejantes, que vuelven y comprenden toda su latitud, forman los dos extremos. Toda esta parte, que es de orden dórico, se compone de arcos sostenidos por varias columnas unidas á los pilares; la parte central de las arquivoltas está adornada por unos mascarones, y los tímpanos por grandes figuras alegóricas esculpidas en bajo relieve. Encima hay un cornisamento que ofrece una particularidad en la historia del arte, y de que se hablará despues. El cuerpo superior de orden jónico, y los arcos de que consta están formados por ventanas de medio punto con unas columnas pequeñas, jónicas tambien, que las estrechan; el resto de la decoracion presenta, del mismo modo que en el cuerpo bajo, columnas unidas á los pilares, claves adornadas con esculturas, y tímpanos llenos de figuras alegóricas; la parte inferior de estas ventanas la ocupan los balcones. Ambos cuerpos se hallan

coronados por un cornisamento, cuyo friso está esculpido con la mayor delicadeza, advirtiéndose además el ingenioso medio con que están colocados unos pequeños vanos en forma de medallones, sin perjudicar sin embargo á la armonía del conjunto; por lo demás, el resto de este friso está ocupado por una multitud de genios que sostienen unas guirnal-das, separados unos de otros por los vanos, y varios mascarones mezclados con mucho gusto en esta composicion. Una balaustrada, adornada con pirámides y estatuas que representan varias divinidades de la fábula, debidas al cincel de los principales discípulos de Sansovino, y particularmente al de Tomás Lombard y Danesio Cataneo rodea la techumbre, y disimula al propio tiempo la excesiva elevacion que fué preciso darle á causa de la disposicion interior del edificio.

Es menester no olvidar que al concebir Sansovino el plan de esta fachada, deseaba que no desdiese en punto á la altura de las *Procuradurias Viejas*, construidas hacia ya mucho tiempo, ó como dice Mr. Quatremère, que previendo se terminaria el ala izquierda de la plaza de San Marcos, continuándose los pórticos de su biblioteca, se impulsó la traba de una elevacion ya dada, así como de la dimension que hubiera debido fijar la ley. Parece-nos, prosigue el juicioso crítico, que esta fué la verdadera razon que obligó á Sansovino á dar á los cornisamentos de sus dos órdenes la altura que se advierte en ellos. En efecto, el cornisamento de su orden dórico tiene de elevacion el tercio de la columna, y el que corona el orden jónico tiene mas de la mitad; todo, pues, indica, y así lo dá á entender tambien la balaustrada con que remata la fachada, que el arquitecto se vió precisado contra su voluntad á llevar la elevacion hasta cierto punto. Sin embargo, el talento del artista consistió en hacer que desapareciese el resultado de semejante traba con la belleza y variedad de los adornos que supo emplear. Las arquivoltas, y lo mismo los tímpanos de todas sus arcadas, están llenas de figuras esculpidas; y nada

mas rico que el friso dórico, á no ser el que ocupa la parte superior del arquitrabe jónico. En este es donde principalmente se manifiesta el dibujo destinado á dar mayor elevacion á la fachada: el friso de que se trata, tiene casi tanta altura como el arquitrabe y la cornisa juntos.

No es esta sin embargo, la única particularidad que ofrece la fachada de este edificio; es célebre tambien por una, al parecer, dificultad arquitectónica con que Sansovino quiso probar los ingenios de los arquitectos de su época, y cuya solucion creyó haber encontrado: aludimos al problema que propuso para *hacer que cayese exactamente la mitad de una metopa en el ángulo del friso dórico*. Por su hijo sabemos que noticiosa de esta dificultad toda la Italia, remitieron dibujos varios arquitectos, y que el cardenal Bembo y monseñor Tolomei estimularon esta especie de competencia. Pero oigamos emitir su juicio á Mr. Quatremère, que como juez tan competente en materia de artes, creemos que reasumió perfectamente la cuestion. Los griegos, dice, terminaban los ángulos de las columnatas dóricas de sus templos con un triglifo que no caía exactamente en la línea del eje de la columna del ángulo, y ensanchaban gradualmente el espacio de las metopas en los extremos del friso. Los romanos, que modificaron mucho las proposiciones y el carácter del orden dórico, en vez de terminar el ángulo de su friso por un triglifo, creyeron mas análogo á la nueva forma poner en él una semi-metopa, como lo enseña Vitruvio valiéndose de esta misma palabra. Ahora bien; los arquitectos modernos y los comentadores, en vez de tomar esta semi-metopa, en un sentido que indi-

cabe una medida aproximada, y de hecho una metopa cortada en dos partes iguales á cada lado del ángulo, creyeron indispensable, siguiendo todo el rigor matemático, colocar la mitad precisamente de la metopa del friso, lo cual no puede verificarse si se hace que caiga el ángulo del arquitrabe á plomo sobre la columna; y Sansovino, empleando aquí, no un orden de columnas aisladas, sino de medias columnas unidas á pies derechos, creyó dar á una pilastra del ángulo, y no á la columna del ángulo, el suplemento de un cuerpo entrante, lo cual le permitió prolongar el cornisamento, y por consiguiente agrandar el espacio de su metopa angular. Esta es la solución del problema que tanto ruido metió entonces, y que, como se vé, no merecía ni ser propuesto, ni ser resuelto.

El arco de en medio de la galería situada en la *Piaz-zetta*, que sirve de entrada al interior, tiene en sus jambas por adornos dos cariátides colosales, obra de Alejandro Vittoria: esta puerta conduce á una magnífica escalera (1), dividida en dos tramos, cuya bóveda se ve ricamente adornada con estucos y pinturas (2). Desde esta escalera se pasa á una antesala, destinada en otro tiempo á las lecciones públicas de los profesores de filosofía y letras griegas y latinas, y convertida después en Museo de estatuas y objetos antiguos, á consecuencia de las donaciones hechas sucesivamente por el cardenal Domingo Grimani, Juan Grimani, patriarca de Aquilea, y Federico Contarini, procurador de San Marcos. El arreglo de esta antesala para Museo, fué obra de Scamozzi; y sin embargo de que el espacio era reducido y ofrecía pocos recursos, es preciso confesar que dió pruebas de rara inteligencia en dicho arreglo, porque tuvo que luchar con muchas irregularidades, que eran efecto de la forma que anteriormente se le había dado. Consiguí, pues, colocar con mucha simetría un orden de pilastras corintias; después convirtió las ventanas en nichos, situados entre las pilastras que sostienen el cornisamento de donde arranca la bóveda, disminuyendo sus vanos, sin alterar por esto en nada la armonía exterior del edificio. Respecto á la disposición interior del local, en su relación con los objetos de escultura que debía comprender, todos convienen en que hubiera sido muy difícil idear otra mas acomodada á su objeto; pues efectivamente, dividida la sala en tres secciones en toda su longitud por medio de unos macizos, cuya altura corresponde á la del basamento del orden se logró multiplicar los sitios de colocación de los objetos, y situarlos de manera, que pudiese gozar de ellos fácilmente el espectador. La bóveda de este Museo es notable, principalmente por las pinturas que hay en ella de Esteban y Cristóbal Rosa, artistas muy hábiles en este género.

Desde el Museo se pasa á la Biblioteca, cuya longitud ocupa los siete últimos arcos del edificio hacia el Campanil, y tres en sentido latitudinal. En ella se admira muy particularmente la bóveda, que es en su clase un verdadero modelo. Tiene veintinueve compartimientos, que fueron como la escena de rivalidad de alguno de los mas célebres pintores del siglo XVI, cuyos nombres citaremos: Julio Licinio, Salvati, Juan Bautista Franco, Bernardo Strozzi, llamado el sacerdote genovés, Frattina, Juan Bautista Zelotti, Varotari, conocido por el Paduano, Pablo Veronés y Andrés Schiavone. Pablo Veronés fué quien obtuvo el lauro por las figuras del *honor deificado*, de la *Música*, de la *Geometría* y de la *Aritmética*. Todas estas pinturas están unidas entre sí por medio de adornos de mucho gusto que ejecutó Semolci. Los retratos de los filósofos, puestos entre las ventanas y en los ángulos de la sala, son de Tintoretto y de Schiavone. Las salas del otro lado del edificio, hasta el extremo de la laguna, estaban destinadas á oficinas de los procuradores de San Marcos, á las cuales conducían el primer ramal de la escalera, de que hemos hablado, y otra que estaba enfrente.

Tal era la disposición del monumento trazado por Sansovino, que no pudo terminar enteramente, porque solo llegó á los diez y seis arcos, dejando suspensos sus trabajos en la construcción de la Biblioteca, del Museo y de la escalera. La muerte de este arquitecto retrasó por espacio de doce años la conclusión del edificio; pasado cuyo tiempo, se encargó de ella Vicente Scamozzi, y la llevó á cabo con la mayor conciencia, sin separarse de los dibujos de su antecesor.

Terminado que estuvo el monumento, hallaron algunos críticos, que era demasiado bajo con relación al palacio Ducal que estaba enfrente. Nosotros no participamos de su

opinión, pues creemos, como Mr. Selva, que Sansovino no debió atender á este edificio, sino á la anchura de la *Piaz-zetta*. De todas suertes, y por mucho que se le critique, es innegable que tiene un mérito tan positivo, que á todo el mundo gusta, y en todos tiempos ha merecido y merece la aprobación general. Andrés Palladio, el primero entre los arquitectos, hace de él un completo elogio en el prefacio de su primer libro, diciendo: *que es el edificio mas rico y de mas ornato que quizá ha existido jamás desde los tiempos antiguos*; y el Aretino tenía de él tan alta idea, que lo hallaba superior á todo encarecimiento.

La parte interior corresponde en un todo, por su magnificencia y lujo, á la hermosura de su aspecto exterior: en ella brillan por todas partes, y con la mayor profusión, riquezas de todo género; esculturas ejecutadas por los artistas mas hábiles de la época; pinturas debidas al pincel de los maestros de la escuela veneciana; dorados, estucos y preciosos mármoles: en una palabra, parece que la opulenta y noble república quiso escudarse á sí misma, creyendo que nada mas bello podía hacer para embellecer el lugar donde iba á reunir y esponer públicamente los tesoros de artes y ciencias que se le habían legado.

Hoy día está agregado este edificio al palacio Real, y los libros y el Museo se trasladaron después de 1812 á las salas del palacio Ducal.

EL SOL.

Estábase un día el Sol en sus regiones holgándose, fumando un cigarro puro y arrojando el humo al aire, cuando un correo de Dios —probablemente algun ángel,— le trajo un pliego cerrado: le tomó, rompió el lacre y leyó: «Tengo entendido, Sol, que has dado en descuidarte y que vas tomando mañas y hábitos muy holgazanes; y oigo quejas en la tierra porque no ven tu semblante hace ya días: te advierto que si logras enojarme te divido en mas pedazos que en rayos tu luz se parte.»

Se puso pálido el Sol leyendo esto, y de coraje dió un chasquido con su fusta y dijo de mal talante: Estos terráneos pigmeos van logrando enemistarse conmigo. No es mal fastidio alumbrar á gentes tales. Y un día y otro lo mismo... ¡Es un trabajo gigante! Y pasan días, y meses, y años y siglos fugaces huyen, y yo nunca dejo una obligación tan grande. El mismo camino siempre, siempre el mismo paisaje, ahora veo Asia y Europa y el Africa, entrambos mares, después veo las Américas... ¡Si pudiera suicidarme! La inmortalidad me aburre. Los hombres dan en quejarse de todo, y me dan envidia. Ellos lechos conyugales tienen donde reposar; yo que tengo que arreglarme á las órdenes de Dios y á sus leyes celestiales, nunca puedo con la Luna echar un párrafo aparte, que está empeñado en que demos buen ejemplo á los mortales, y porque haya algun modelo de matrimonios, nos hace que estemos siempre tranquilos y cariñosos y amables; y es quitarme otro placer porque gustara de darle un torniscon á la Luna y luego reconciliarme, que creo que es muy sabroso con amor hacer las paces. En fin, esto no es vivir: intento á solas holgarme un rato, pero no puedo sin que en seguida me llamen; si duermo, como las liebres he de dormir, sin bajarme los párpados porque el mundo se queda á oscuras; ¡qué diantre! yo no puedo sufrir mas, yo hago dimisión; los gases dicen que creen los hombres que podrán bien reemplazarme; pues que me reemplacen, si, si señor, que me reemplacen, que yo estoy cansado ya

de dar vueltas en el aire. A ver, lucero del Alba, pronto, rápido, vé y trae me recado para escribir: he resuelto retirarme. Papel sellado de ilustres... toma los sesenta reales: Y los sacó del chaleco y le dijo: que no tardes.

«Señor Dios; hace ya siglos que quiso Usted emplearme en regir á los planetas y alumbrar á los mortales. Si fueran agradecidos mi cargo sobrellevase yo menos mal, pero son esos hombres tan pedantes, que porque se han combinado á su modo cuatro gases que alumbran una miseria, me están haciendo desaires: yo sé que me necesitan, pero he llegado á enterarme de que andan haciendo estudios y estudios por arreglarse luz eléctrica, con ánimo después de menospreciarme, y antes que me den un feo otro mayor quiero darles. Bien sé yo que Usted dirá: «Chico, no seas cargante, no hagas caso de esos líteres;» pero yo pienso alegarle otras razones que son dignas de considerarse. Yo me voy haciendo viejo, cansado estoy de cansarme, como dijo un español á quien yo di luces grandes, sufro mil descortesías de esos hombres holgazanes que despreciando mis luces han dado en acostumbrarse á dormir mientras yo luzco y es que aspiran, risa dame, á creer que con sus luces tienen ya luces sobrantes. Solo las gentes del campo y la hez de las ciudades se levantan cuando yo. Esto no puede aguantarse. Por otra parte, me ofenden y no hacen mas que humillarme. A cualquiera mugerzuela, fea ó guapa, que se hace ó se ha hecho general este modo de insultarme, la dicen que tiene ojos como soles. No hay aguante para tanta necedad, y si no fuera vengarse, por Usted aborrecido me atrevería á rogarle que mandase una muger que dos como yo llevase soles en la cara, y fuegos esparciendo y luz brillante les redujera á cenizas para que de una vez callen; y en fin, Señor: en resumen, yo deseo retirarme. Si Usted no quiere que el mundo á oscuras se quede, mándeme retirar, yo con la Luna á los nueve meses, antes, tendré un hijo luminoso. Señor, quiero jubilarme. Dado hoy en el espacio—
El Sol.—A Dios y cuidarse.»

JUAN A. LOREN Y LA HOZ.

PASCUAL BRUNO.

Por A. Dumas.

(Conclusion).

XII.

El cielo estaba magnífico; el aire era límpido y trasparente. Palermo se despertaba como para una fiesta. Habíase dado asueto en los colegios y seminarios, y la población entera se hallaba reunida en la calle de Toledo, por donde había de pasar el reo para ir desde la iglesia de San Francisco de Sales á la plaza de la Marina, lugar destinado á la ejecución. Las ventanas de los primeros pisos estaban ocupadas por mugeres que la curiosidad había sacado de la cama á la hora en que suelen dormir todavía; agitábanse como sombras en sus galerías de celosías las monjas de los diferen-

(1) Por varios ejemplos sabemos que los artistas del siglo XVI tenían una responsabilidad muy grave, siendo por esta causa, según vamos á ver, bien penosa su condición. Por el año 1545, dice Mr. Quatremère, se ocupaba Sansovino en concluir la grande obra del monumento de la Biblioteca, y no faltaba ya mas que hacer las bóvedas de una parte del punto ocupado por las oficinas de las tres Procuradurías, cuando la bóveda que estaba ya terminada vino á tierra. Atribuyóse este accidente á diferentes causas; según unos al descuido y poca habilidad de los operarios, y según otros á una helada extraordinaria que hubo aquel año, no faltando quien asegurase, que el desplomamiento había sido producido por las descargas de la artillería. Lo mas probable era, que el arquitecto hubiese confiado demasiado en sus armazones de hierro. Esta desgracia fué muy funesta para Sansovino, que quedó encarcelado, privado de su destino de arquitecto mayor, y condenado á pagar mil escudos de oro en compensación de la pérdida ocasionada por su culpa, según se creyó entonces. Parece, no obstante, que Sansovino logró justificarse, escribiendo en favor suyo sus muchos amigos, y Aretino muy particularmente. Mendoza, embajador de Carlos V en Venecia, pidió que se le pusiera en libertad; y arreglado, por fin, el asunto, salió Sansovino de su prisión, siendo de presumir que no fué por efecto de una mera gracia, pues se le devolvió la multa á que le habían condenado; se le reintegró en su empleo, y se le pagó de nuevo para que volviese á hacer la bóveda, que no se construyó ya de piedra, sino de madera, con una cubierta de cañas, sobre las cuales se puso la capa que forma su decoración.

(2) Los estucos son de Alejandro Vittoria, y las pinturas de Franco y Bautista del Moro.

tes conventos de Palermo (1), y en los tejados planos de la ciudad ondulaba otra población aérea como un campo de trigo. En la puerta de la iglesia el reo halló el carro tirado por mulas, precedido por la cofradía de Penitentes blancos, el primero de los cuales llevaba la cruz y los últimos cuatro el atahud, seguido del verdugo á caballo con bandera encarnada; detrás del verdugo iban los dos ayudantes á pie, y por último, otra cofradía de Penitentes negros cerraba la comitiva, que marchaba entre una doble hilera de milicianos y soldados, mientras que en medio de la multitud, por los costados, corrían unos hombres vestidos con largo ropón gris, capuchón en la cabeza con agujeros correspondientes á los ojos y boca, los cuales pedían por el alma del que iba á ser ajusticiado. Había ya circulado el rumor de que el reo no había querido confesarse; y esta resolución contra todas las ideas religiosas adoptadas, daba mas peso á la creencia vulgar de la existencia de un pacto infernal entre Bruno y el enemigo del género humano. Sobre aquella muchedumbre curiosa, pero muda, dominaba, pues, un sentimiento de terror; ninguna voz, ningún grito, ningún murmullo turbaban los cánticos de muerte de los Penitentes blancos y negros. Detrás de estos últimos, á medida que el reo avanzaba por la calle de Toledo, los curiosos se unían á la comitiva y la seguían hacia la plaza de la Marina. En cuanto á Pascual, era el único que aparecía sereno en medio de la población agitada, y miraba á la muchedumbre sin humildad, pero sin ostentación también, como hombre conocedor de los deberes del individuo para con la sociedad, y de los derechos de la sociedad para con los individuos, no arrepintiéndose de haber olvidado los unos, ni quejándose de que se vengasen los otros.

La comitiva detúvose un momento en la plaza de los Cuatro Cantones, que forma el centro de la ciudad, porque la gente se había apiñado de tal manera en los dos costados de la calle de Cassero, que había roto la línea de tropas, hallándose el tránsito embarazado hasta el punto de no poder abrir paso los Penitentes. Pascual se aprovechó de aquel momento de descanso para levantarse de pie en su carreta, y miró en torno suyo como si buscara á alguno á quien dar su última orden; pero despues de una prolija inspección, no viendo al que buscaba, se dejó caer sobre el haz de paja que le servía de asiento, y su semblante tomó una expresión sombría que creció hasta el momento en que la comitiva llegó á la plaza de la Marina. Allí hubo nueva interrupción y otra parada. Pascual se levantó segunda vez, dirigió una mirada indiferente á la estremidad opuesta de la plaza donde estaba el patíbulo, y luego, recorriendo todo el círculo inmenso de aquella plaza, que parecía empedrada y construida de cabezas, excepto el terrado del príncipe de Butera, completamente desierto, detuvo la vista en un rico balcón colgado de damasco de flores de oro y cubierto con un dosel de púrpura. Allí sobre una especie de estrado, rodeada de las mugeres mas lindas y de los señores mas nobles de Palermo, estaba la hermosa Gemma de Castelnuovo, que no habiendo querido perder un minuto de la agonía de su enemigo, había hecho levantar su trono enfrente del cadalso. La mirada de Pascual Bruno y la suya se encontraron; y sus rayos se cruzaron como dos relámpagos de venganza y de odio. No se habían separado aun, cuando un grito extraño salió de entre la gente que rodeaba la carreta. Pascual se estremeció, se volvió hacia el parage de donde había partido el grito, y su rostro recobró al punto su antigua expresión de serenidad, y cierta apariencia de alegría. En aquel instante la comitiva dió un paso para proseguir la marcha, pero con voz alta Bruno gritó: ¡Parad!

Esta palabra produjo un efecto mágico: toda aquella multitud quedó como clavada al suelo; todas las cabezas se volvieron hacia el reo, y millares de miradas ardientes se fijaron sobre él.

—¿Qué queréis? dijo el verdugo.

—Confesarme, exclamó Pascual.

—El sacerdote no está aquí, pues le has despedido tú mismo.

—Mi confesor habitual es ese fraile que está á la izquierda entre esa gente; no he querido á otro pero quiero á ese.

El verdugo hizo un ademán de impaciencia y de negativa; pero en aquel mismo instante el pueblo, que había oído la petición del reo, gritó: ¡El confesor, el confesor! El verdugo tuvo que obedecer, y se abrió paso al fraile. Era un jóven de tez morena, flaco al parecer por las austeridades del claustro: se adelantó hacia la carreta y subió á ella. Bruno se arrodilló, lo cual fué una señal general. En la calle, en los balcones, en las ventanas, en los terrados, todos se arrodillaron; el verdugo solo permaneció á caballo y sus ayudantes se mantuvieron de pie, como si estos hombres malditos estuviesen exceptuados de la remisión general. Al mismo tiempo los Penitentes comenzaron á recitar las oraciones de los agonizantes, para cubrir con sus voces el rumor de la confesión.

—Te he buscado mucho tiempo, dijo Bruno.

—Te esperaba aquí, respondió Alí.

—Temía que no hubiesen cumplido la palabra respecto á tí.

—La han cumplido; estoy libre.

—Escucha bien.

—Escucho.

—Aquí á mi derecha... Bruno se volvió hacia aquel lado, porque sus manos atadas le impedían hacer otra indicación; en aquel balcón... colgado de tejidos de oro...

—Sí.

—Hay una muger jóven, hermosa, con flores en la cabeza.

—La veo. Está arrodillada y reza como las demás.

—Esa muger es la condesa Gemma de Castelnuovo.

—Al pié de la ventana de la cual te esperaba cuando te hirieron en el hombro.

—Esa muger es la causa de todas mis desgracias; ella me hizo cometer el primer crimen; ella me conduce aquí.

—Bien.

—No moriría tranquilo, si yo creyera que me había de sobrevivir dichosa y honrada, continuó Bruno.

—Muere tranquilo, respondió el jóven.

—Gracias, Alí.

—Déjame abrazarte, padre.

—Adios.

—Adios.

El jóven fraile abrazó al reo, como el sacerdote tiene costumbre de hacerlo cuando absuelve al culpable, y luego bajó de la carreta perdiéndose entre aquella multitud.

—Prosigamos, dijo Bruno, y la comitiva obedeció de nuevo, como si el que hablaba tuviera derecho á mandar.

Todos se levantaron: Gemma se sentó sonriendo. La comitiva continuó su marcha hacia el cadalso.

Llegado al pié de la horca, el verdugo se apeó, subió al tablado, trepó por la escalera, hincó en el madero trasversal el estandarte rojo, miró si la cuerda estaba bien asegurada, y se quitó la casaca para obrar con mas libertad. Pascual bajó de la carreta, separó á los que quisieron ayudarle, subió con celeridad y se apoyó en la escalera por donde debía trepar de espaldas. En el mismo momento, el penitente que llevaba la cruz la puso en frente de Pascual, de modo que pudiera verla durante la agonía. Los Penitentes que llevaban el atahud se sentaron encima y un cordón de tropa se formó alrededor del cadalso, dejando en medio á las dos cofradías de Penitentes, al verdugo, á sus criados y al reo.

Pascual subió la escalera de la horca sin consentir que le sostuvieran, con tanta serenidad como hasta entonces había manifestado; y como el balcón de Gemma estaba en frente, se observó que dirigió la vista hacia aquella parte, sonriéndose. El verdugo le pasó la cuerda por el cuello, lo asió por la cintura y lo arrojó al aire. Despues se deslizó por la cuerda y cargó con todo el peso de su cuerpo sobre los hombros del reo, mientras que los ayudantes asidos á las piernas, tiraban de abajo; pero de repente, la cuerda que no era bastante fuerte para sostener aquel peso cuádruple, se rompió, y todo aquel grupo informe, compuesto del verdugo, de los ayudantes y de la víctima, vino á rodar sobre el tablado.

Un hombre se levantó el primero; era Pascual Bruno, cuyas manos se habían desatado durante la ejecución y que se ponía de pié en medio del silencio general, llevando en el costado derecho una navaja que el verdugo acababa de introducirle hasta el mango.

—¡Miserable! dijo el bandido al ejecutor; ¡miserable! No eres digno de ser verdugo, ni de ser bandido; ¡no sabes aborrecer ni asesinar!

Al decir esto, se arrancó el cuchillo del costado derecho, se lo clavó en el izquierdo y cayó muerto.

Entonces hubo un grito general y un gran tumulto entre la gente: los unos se escaparon; los otros se arrojaron al cadalso. El ajusticiado fué llevado por los Penitentes, y el verdugo despedazado por el pueblo.

En la noche que siguió á esta ejecución, el príncipe de Carini cenó en casa del arzobispo de Montreal, mientras que Gemma, no pudiendo ser recibida en la santa sociedad del prelado, se quedó en la quinta de Carini. La noche era magnífica como lo había sido el día. Desde una de las ventanas del cuarto colgado de raso azul, donde comenzó la primera escena de esta historia, se distinguía perfectamente á Alicudi, y detrás, como un vapor flotante en el mar, las islas de Filicudi y de Salina. Desde la otra ventana se dominaba el parque plantado de naranjos, granados y pinos; se distinguía á la derecha, desde la base á la cima, el Monte Pellegrino, y la vista podía estenderse sobre la izquierda hasta Montreal. En esta ventana estuvo mucho tiempo la hermosa condesa Gemma de Castelnuovo, clavando la vista en la antigua residencia de los reyes normandos, y tratando de reconocer en cada carruaje que bajaba de Palermo, la librea del virrey. Pero habiéndose hecho la oscuridad mas profunda, y desapareciendo poco á poco los objetos remotos, Gemma entró en el cuarto, llamó á la doncella, y cansada con las emociones de aquel día, se acostó, mandó cerrar las ventanas que daban á las islas, por temor de que la brisa del mar llegase hasta ella, y dispuso que quedase entornada la que daba al parque, y por la cual penetraba un aire cargado con el perfume de los jazmines y de los naranjos.

En cuanto al príncipe, no pudo librarse sino muy tarde de la vigilancia graciosa de su amigo; las once daban en la catedral construida por Guillermo el Bueno, cuando el carruaje del virrey se lo llevó á galope en media hora hasta Palermo y en cinco minutos hasta la quinta. Preguntó á la doncella dónde estaba Gemma, y se le dijo que la condesa, estando cansada, se había acostado á las diez.

El príncipe subió con presteza al cuarto de su dama, pero al querer abrir la puerta la encontró cerrada por dentro; entonces entró por la escusada en la alcoba de Gemma, sin hacer ruido para no despertar á la hermosa dormida, y se paró un momento para contemplarla en aquel desorden del sueño tan grato y tan gracioso. Una lámpara de alabastro colgada del techo con tres cordones de perlas, alumbraba el aposento, y su luz estaba templada de tal modo que no hiriese los ojos durante el sueño. El príncipe se inclinó para ver mejor. Gemma estaba acostada, con el pecho casi todo descubierto, y alrededor de su cuello estaba arrollado un boa, cuyo color oscuro hacia resaltar la blancura de la piel. El príncipe miró durante un momento aquella encantadora estatura, pero su inmovilidad no tardó en sorprenderle; se inclinó mas y vió que el semblante tenía una palidez

extraña; acercó el oído y no sintió respiración alguna; asió la mano y la encontró fria; entonces quiso levantar aquel cuerpo de su amada para calentarlo sobre su pecho, pero lo dejó caer al punto dando un horrible grito de terror: la cabeza de Gemma acababa de desprenderse de sus hombros y de rodar al suelo.

Al día siguiente se encontró al pié de la ventana el yatagan de Alí.

LA ESTRELLA DE LA TARDE.

A mi querido amigo D. Antonio de Trueba.

I.

Aquel que nunca haya fijado su atención en uno de esos admirables cuadros que se presentan á nuestra vista al hundirse el sol en Occidente, no puede comprender todo lo grandioso y sublime de este espectáculo, que es necesario contemplar una y otra vez para apreciarlo.

El día, á pesar de que nos halláramos en el mes de agosto, se presentaba triste y sombrío.

Encapotado el cielo, apenas había dejado reflejar á pequeños intervalos los rayos del sol.

Menudas gotas de una lluvia semejante á la que cae cuando principia la estación invernal, parecían preludiar durante todo el día un temporal recio; mas al mediar la tarde, por uno de esos frecuentes cambios de la atmósfera, las nubes impulsadas por encontrados vientos, empezaron á cernerse del uno al otro extremo del horizonte, dejando un tanto despejada la parte occidental.

En esta ocasión pudimos contemplar la mas encantadora perspectiva que imagináramos la fantasía.

Era una bellísima puesta del sol; uno de esos cuadros grandiosos que entusiasman.

Los rayos del sol habían ya desaparecido de la tierra: escondíanse avergonzados tras de las nubes, y sin embargo ese dorado globo, de mayor disco al parecer que otras veces; ese imponente foco de luz radiante, que aparecía entonces sin brillo, opaco; ese inmenso hornillo, destinado quizás algún día á fundir nuestro pequeño globo, se destacaba aun á nuestros atónitos ojos con toda su maravillosa grandeza.

Y continuamos viéndole, despues que había desaparecido.

No era una ilusión, no; sus luminosos rayos, reflejando en la atmósfera como sobre un espejo dibujaban á nuestra vista un traslado del sol quizás, al cual mirábamos con fijeza sin que nos ofendieran sus destellos.

Pero este mismo traslado ó sombra fuese también perdiendo tras del horizonte y las mas próximas nubes comenzaron á platearse embelleciendo todavía mas el cuadro.

Entonces la imaginación quisiera haber podido penetrar en el centro de aquellas nubes, figurándose que allí debía haber algo desconocido, algo que, sin ser comprendido, la maravillaba mas que cuanto hasta entonces había visto en la naturaleza.

Pero no todas las nubes presentaban unos mismos colores, no todas producían en el ánimo idénticos efectos.

Las que asentadas un poco mas altas recibían de otro modo y á mayor distancia los reflejos, dejábanse ver con un color casi dorado de un encanto sublime.

Otras mas elevadas aparecían enteramente rojas.

Algo mas distantes había otras de color plomizo.

Y mas lejos, otras oscuras.

Y otras en fin, negras, sombrías y amenazadoras.

Y cada una de ellas nos representaba una ilusión diferente porque el panorama era inmenso, brillante, sublime.

Y sin embargo, espectáculo tan encantador, que no hay rasgos con que poder describir, ni maravillosos colores que no le cuadren, era un átomo sin grandeza ante la grandeza de la Divinidad; pero al contemplarle admirábamos lo infinito de aquel, que así nos dá á conocer en la naturaleza, como en todas las obras de la creación, su magestad y poder.

II.

¡Niña angelical! ¡Inocencia! ¡Inocencia!

Este era el nombre de una jóven de diez y ocho años, y ojos de gloria, que desde lo alto de un mirador, consideraba con delicioso entusiasmo ese panorama encantador, que imperfectamente hemos bosquejado.

—¡Magnífico! ¡Admirable!—exclamaba de vez en cuando.—¡Que no pueda yo trasladar al papel, aquí mismo esos colores! ¡Oh! ¡cuánto diera por no perder la menor de esas armonías! ¡Está tan hermoso el cielo!

Y cuando decía esto, se afanaba, con un lápiz en la mano, por recoger en su álbum todos los apuntes que consideraba necesarios para trasladar despues al lienzo toda la sublimidad que encerraba la maravillosa escena.

Mucho rato hacia que se dedicaba á esta ocupación, tan en armonía con sus inclinaciones, sin advertir que el velo de la noche iba oscureciendo gradualmente los objetos, cuando disponiéndose ya á retirarse, notó que era observada por la curiosidad de alguno.

Fijó entonces su atención en el mirador inmediato, y divisó á un hombre que no separaba de ella un instante la vista.

—¿Quién es?—pensó para sí, no distinguiendo bien sus facciones.

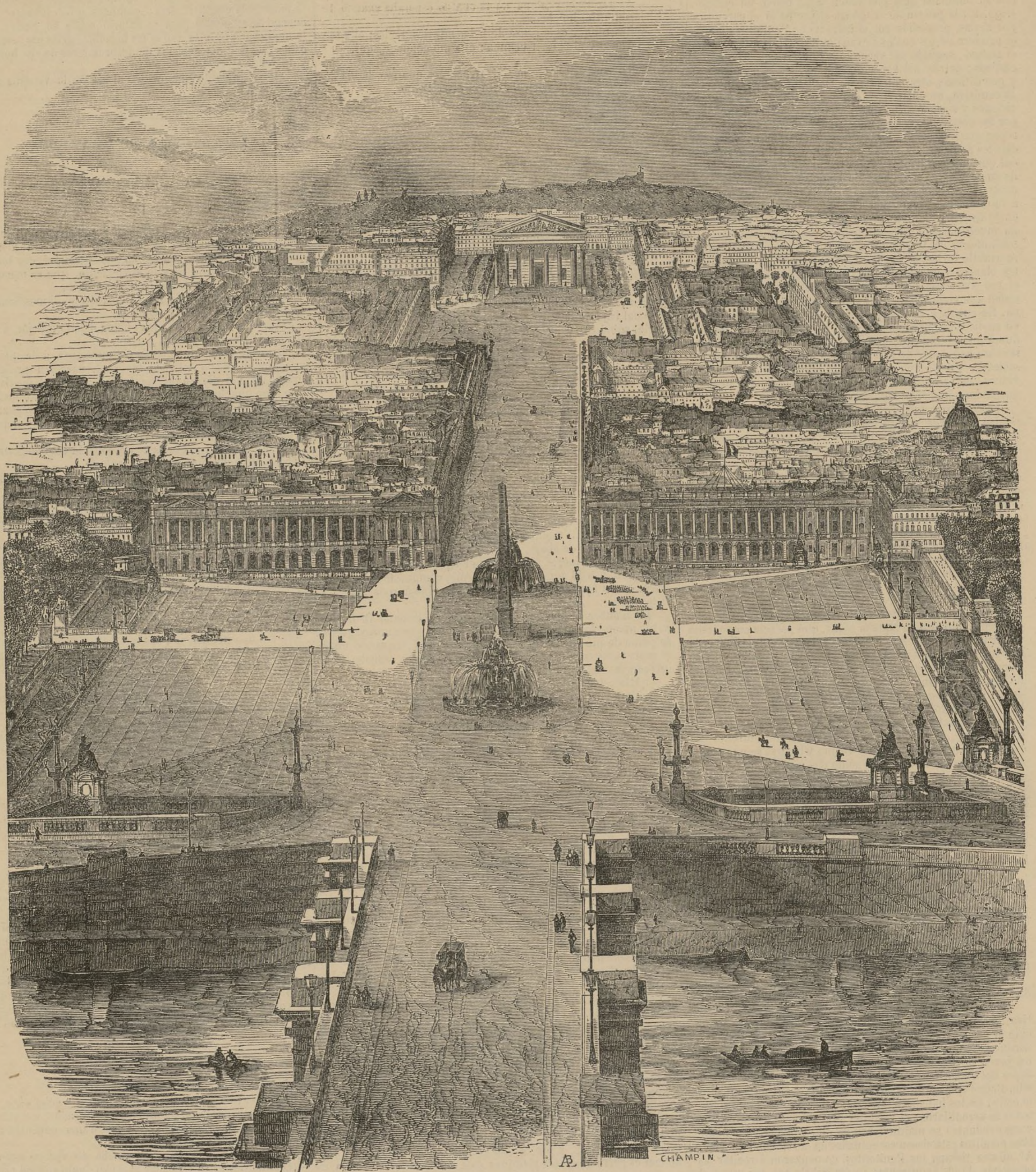
Y quiso retirarse y no pudo.

Aquella insistente mirada parecía que la magnetizaba.

Aquellos ojos, fijos como dos inmóviles y centellantes luceros, la atraían á su voluntad, porque creía ver en ellos una tristísima súplica.

—¿Qué me quiere?—volvió á pensar la niña.

(1) En Palermo todo convento de monjas algo rico tiene alquilado un piso que dá á la calle de Toledo, y cuyas ventanas están cubiertas con celosías. El convento y la casa alquilada están en comunicación por un camino subterráneo á veces muy largo. Por este medio, las religiosas pueden asistir sin ser vistas á las fiestas solemnes y profanas.



Plaza de la Concordia, en París.

Y como si aquel hombre hubiera adivinado su pensamiento, vióle Inocencia que llevaba una de sus manos al corazón y que, alzando su vista al cielo, le señalaba la única estrella que entonces se divisaba en el firmamento, próxima ya á esconderse en el ocaso.

—No adivino lo que desea espresarme;—murmuró Inocencia.

Y volvió á mirar al desconocido.

Acaso deseó entonces oír su voz; pero tuvo miedo.

Porque sus ojos, nuevamente fijos en ella, parecían despedir llamas fosfóricas, y la atraían y la subyugaban á su pesar.

Porque, de nuevo también, volvió á llevarse la mano al corazón con un ademán de sufrimiento, y señalando segunda vez la estrella que desaparecía, daba á entender á la jóven, que allí tenía cifrado su porvenir.

Entonces Inocencia creyó percibir distintamente estas palabras:

«Os amo, Inocencia, y acaso no advertís mi sufrimiento. Un año hace que os ví, y quizás ni recordais mi nombre. Desde entonces, por vos late mi corazón, para vos fueron mis memorias y tal vez, cándida y pura, ni lo habeis sospechado. Si os interesa mi vida, leed en esa estrella que se fija, al anochecer, hácia el Poniente. Ella os irá revelando mi destino.»

Inocencia no oyó mas, y hubo de venir, sin duda, á su imaginación un agradable recuerdo, porque murmuró con apasionado acento:

—¡Armando! ¡Armando! ¡Si fuera él, Dios mío!

Entonces dirigió su vista al mirador; pero tuvo que retirarla de improviso.

Los ojos de aquel hombre, insistentes siempre en su

dirección, parecía que se le acercaban, tomando al avanzar un color semejante al que tenían antes las nubes.

Acaso su vista, fija tanto tiempo en la contemplación de la puesta del sol, le engañaba señalándole aquellos colores, quizá su mente alucinada le presentaba fantasmagóricamente los objetos reales; mas es lo cierto, que sintiéndose herida por aquella simpática atracción, no fué dueña de reprimirse, y llevóse una mano al corazón, mientras que con la otra señalaba el punto fijo donde estaba la estrella.

—¿Armando, sois vos?—fueron las únicas palabras que pudo pronunciar á media voz.

Pero nadie vino á contestarlas.

¿Por qué Inocencia imitó los movimientos del desconocido? ¿Por qué esa atracción y ese sufrimiento?

Misterios del corazón sin duda, pues ella misma no sabía darse razón de su proceder.

III.

Llegada la hora aquella noche, de entregarse al descanso, la bella niña, cándida, como el nombre que llevaba, no pudo conseguirlo.

Pasaba y repasaba en su mente las palabras que habían llegado á sus oídos y le parecía hallar en las que no podía comprender, un extravío de la razón; mas fuerza le era confesarse á sí misma, que se encontraba deliciosamente halagada al considerar la espresion de cariño que encerraban las que le eran comprensibles.

En llegando á reflexionar así, pasaba de este punto á otro que lógica y naturalmente se desprendía.

—¿Quién podía ser aquel hombre?

Esta pregunta le ocurría, y no se le ocurría una respuesta por mas que se entregaba á la meditación.

Solo cuando evocaba sus recuerdos de otros dias, parecía hallar una contestacion, porque instintivamente decía:

—Sí; es Armando. ¿Quién otro puede ser?

Y es que este nombre hallaba sin duda un dulce eco en su alma, pues nunca le traía otro su memoria.

Por eso tal vez, Inocencia creyó deber repasar su vida anterior, por mas que este examen hubiera de ser muy sucinto.

Entonces suspirando, comenzó por recordar su niñez, esa edad de pura inocencia que es la mas bella imagen de la felicidad, y en pos de su niñez los ocho ó diez años que había permanecido en un convento para recibir su educacion.

La vida de sencillez y recogimiento que allí hizo, tenía para ella cierto indefinible atractivo, era una de sus mas gratas memorias, porque naturalmente cándida y de benéfico carácter se conformaba mucho con su inclinacion.

Llegó la vez luego á los dos últimos años, es decir, al tiempo que había trascurrido desde que salió del convento, y esta época era tambien para ella de agradables recuerdos.

Consideraba el placer con que sus padres, solo por satisfacer sus deseos, la pusieron, luego que estuvo á su lado, bajo la enseñanza de un hábil pintor, y sus mas gratas ilusiones eran la mejor muestra de su gratitud hacia estos dias, por el recreo que le proporcionara este estudio.

Pero esto era todo. Inocencia concluía aquí su exámen y no hallaba la solucion que pretendía.

Érale sin embargo preciso investigar, é investigó; y creyó haber acertado con la clave que buscaba.

En el año precedente había hecho un viaje con sus padres á un pueblecito de la costa, donde se establecieron por la temporada de baños, y allí como era natural, fué bien pronto distinguida. Además, como no es fácil evitar esa cordial intimidad, que en estas escursiones veraniegas se establece entre los forasteros, á la familia de Inocencia y á Inocencia misma la alcanzó, con gran contento de los jóvenes. Muchos de estos se aventuraron entonces á obsesquiarla; mas cuando notaron que sus galanterías no eran escuchadas con regocijo, se resignaron los mas, á contentarse con su amistad.

Así pasaron dos meses, al cabo de los cuales, y ya próxima á concluir la temporada de baños, presentóse en el pueblo un joven, hijo de una familia distinguida de Barcelona, que fué desde luego conocido por el nombre de Armando.

Su figura era simpática.

Conociase que estaba enfermo, y que visitaba los baños por necesidad, de lo cual eran indicios ciertos la palidez y escasa demacracion de su rostro; quizás una fiebre lenta le consumía; quizás esa terrible enfermedad llamada *tisis* minaba su organizacion, sin que humanos remedios pudiesen contener sus estragos; y á pesar de esto, su presencia era interesante. Sus facciones delicadas, sus ojos negros y hermosos, con esa espresion de tristeza á que no podía resistir un alma sensible, y sobre todo, ese aire peculiar de los que han recibido una esmerada educacion, le distinguían notable y satisfactoriamente.

Esto debió acontecerle con Inocencia, que desde que le vió interesóse por él de una manera tan estremada, que era muy dudoso sospechar si el solo móvil de esta simpatía era la compasion. Y sin embargo, ella lo creía así, y no se apercebía de la parte que en su interés tomaba el corazón.

Armando por su parte al ver á la joven sintióse atraído por un invencible afecto. Su situacion, empero, no le permitía dedicarle sus amorosos obsequios, y por esto, contentóse con mostrarle una estremada solicitud, para conquistar su inestimable aprecio.

¡Cuán lejos estaba de suponer que en la encantadora amabilidad de su adorada había mas de amor que de compasion!

Mas como no le era posible tampoco reprimir sus afectos, sus miradas se encargaron de espresar claramente, lo que pasaba en su corazón: y de este modo, frecuentando diariamente su trato llegó á apasionarse tan locamente, que siendo ella su único pensamiento faltó poco para declararla su cariño y pedirle la felicidad, pero recordó su estado y ni una palabra salió de sus labios.

Tambien Inocencia fué acostumbrándose á la asidua presencia del enfermo; su animada conversacion dejóle apreciar los bellos instintos de aquel excelente corazón, y por su alma sintió germinar el goce infinito de desconocidas ilusiones y de ideales ensueños.



El trabajo simboliza la virtud.

Pero llegó el momento de la separacion. Quince dias habían sido bastantes para encender una pasión violenta en el corazón de Armando, y un cariño estremado en el de Inocencia.

Y á pesar de la necesidad que sentían uno y otro de una explicacion que permitiera á sus almas estremecerse en el contento y gozar en el paraíso de una imponderable dicha, uno y otro tuvieron que ahogar sus sentimientos, guardando silencio, hasta en el instante supremo de la despedida.

¡Cuán inmenso fué entonces el sacrificio que Armando hizo á su doliente estado!

Solo con las siguientes frases demostró á Inocencia la situacion de su alma y sus aspiraciones.

—Si el cielo permite aliviar mis dolencias, espero encontrarnos en estos sitios en el año venidero.

E Inocencia vertió una lágrima al ponerse en camino con su familia.

Y el desconsolado y doliente Armando la vió alejarse, llevándose tras sí su felicidad.

Desde entonces no habían vuelto á verse ni á saber uno de otro.

Todo esto era lo que recordaba Inocencia cuando quiso investigar quién podría ser el desconocido; mas al recordarlo se preguntaba nuevamente si tenía fundado motivo para sospechar que fuese Armando.

Ella había vuelto al pueblo en la temporada de baños del año siguiente, es decir, en la época que pasaba esta historia, y ya concluía el verano sin que Armando se hubiese presentado.

¿Cómo aclararía sus sospechas? Todo le venía á demostrar que le era preciso esperar al anochecer del día siguiente.

De esta manera pasó la noche sin poder conciliar el sueño.

En el inmediato día anduvo desasosegada, hasta que llegada la media tarde, con mucha anticipacion á la hora en que había visto al desconocido, se pasó al mirador por si le era dable alcanzar algun dato que le guiase en aquel mar de confusiones.

(Se concluirá).

CABALLOS CÉLEBRES.

Principiando por los del Sol la Mitología dice que tenían alas, para espresar la rapidez de su carrera, y se llamaban *Etonte*, *Pirois*, *Eóo* y *Flegonte*.

Los de Pluton eran negros y en número de tres, llamados *Abaster*, *Meteo* y *Nonio*.

Apolodoro supone que el célebre caballo alado llamado *Pegaso* nació de la sangre de Medusa, cuando Perseo le cortó la cabeza. Desde el instante de su nacimiento dirigió su vuelo hacia el cielo; si bien Ovidio dice que se paró en el monte Helicon, en donde pacía y moraba habitualmente.

En este monte fué en donde de una patada hizo salir la fuente Hipocrene. Habiéndole domado Neptuno y Minerva, le dieron á Belerofonte, del que se sirvió para combatir con la Chimera ó Quimera.

El *Pegaso* fué colocado entre los astros, en donde forma una constelacion.

Ovidio añade que Perseo montó tambien el caballo *Pegaso*, cuando fué á combatir el monstruo marino que debía devorar á Andromada.

Este supuesto caballo alado era una embarcacion muy velera, que tenía figura de un caballo en la popa, y de la cual se sirvieron Belerofonte y Perseo en sus expediciones.

El nombre *Pegaso* se deriva ó de la fuente que suponen hizo brotar, ó de haber nacido inmediato á las fuentes ó playas del Océano.

Dióse á las musas el sobrenombre de *pegasidas*, porque habitaban con el caballo *Pegaso* en el Helicon.

El caballo de Alejandro se llamaba *Bucéfalo* y se dice que estando enjaezado no sufría que le montase otro que su dueño. Este nombre significa «cabeza de buey», y se le dió por la costumbre que tenían los griegos de marcar á sus mejores caballos de Tesalia en los muslos, con la figura de una cabeza de toro, y no porque tuviese la cabeza parecida á la de un buey, como algunos autores han querido suponer.

Fué tan estimado *Bucéfalo* de aquel héroe por sus nobles cualidades, que despues que se lo mataron en la batalla contra Poro, le hizo enterrar en un suntuoso sepulcro y fundó en su nombre una ciudad, dándole el nombre de *Bucefalia*, como dice Plutarco.

La pasión de ciertos emperadores romanos por los caballos inspiró á algunos las locuras mas extrañas. L. Vero había hecho vaciar en oro una imagen de su caballo *Volucris*, y la llevaba siempre consigo; y despues de la muerte de aquel le hizo elevar un sepulcro en el Vaticano. Esta última estravagancia fué imitada por Adriano.

Augusto, á ejemplo de Alejandro, había tambien erigido un monumento á su caballo, que Germánico había cantado en sus versos.

Calígula distinguiéndose en este género de locura, se dice había pensado crear cónsul á su caballo *Imitatus*. Suetonio hace tambien mencion de *Sucitato*, otro caballo del mismo emperador.

En Grutero y Muratori se ven un gran número de inscripciones esculpidas en honor de caballos célebres por sus victorias en el circo, algunas de las cuales están acompañadas de coronas y palmas, y con el nombre de su país, y hasta espresando el color de su pelo.

El célebre caballo de Troya, es aquel de madera de una desmesurada grandeza, que construyeron los griegos delante de esta ciudad y presentaron como un voto hecho á Minerva, á la que suponían haber ofendido con el robo del Paladion.

Los troyanos, demasiado crédulos, no tuvieron inconveniente en introducir esta máquina en su ciudad, y la colocaron en la Ciudadela donde estaba el templo de la Diosa. Los griegos, que habían fingido reembarcarse para su patria, encerraron en este caballo la flor de sus héroes, los que aprovechando la ocasion salieron de su encierro y facilitaron por medio de este ardido, que pudiesen apoderarse de una ciudad que en vano habían sitiado por diez años consecutivos.

Suponen algunos que Epéu, hijo de Endimion, fué el que construyó esta máquina enorme, que se movía por medio de ruedas que colocó en sus pies.

El caballo que montaba el desdichado D. Rodrigo, último rey godo, en la batalla del Guadalete se llamaba *Orélia*.

El caballo del Cid se llamó *Babieca*, y se cuenta que siendo potro lo eligió á pesar de su mala traza; que en adelante se hizo famoso y sirvió al Cid en todas sus guerras, y que despues condujo el cadáver de su dueño desde Valencia á San Pedro de Cardena. El antiguo poema del Cid refiere la historia de *Babieca* de otra manera: dice que lo ganó de los moros estando en Valencia, que lo probó el día que salió de aquella ciudad á recibir á su muger doña Jimena que venía de Castilla, y que en estas pruebas quedaron todos maravillados de su bondad.

El *Hipógrifo* de Astolfo era un monstruo hijo de grifo y yegua, que ocupa un lugar notable en el poema de Ariosto, quien pondera en diferentes parajes la ligereza de este monstruo comparándola con la del águila, de la flecha y del rayo.

El caballo granadino *Frontino*, de color bayo con coron blanco, por donde al principio se llamó *Frontalatte*, era de Sacripante á quien estando sobre Albraca se lo quitó el astuto Brunelo, suspendiendo la silla en cuatro palos mientras dormía encima su dueño y sacando en pelo al caballo (1). Brunelo lo dió á Rugero, el cual le mudó el nombre de *Frontalatte* en el de *Frontino*. Despues vino á parar en poder de Orlando, quien lo dió á Brandimarte para la batalla que iban á dar, despues de la cual fué restituido á Rugero.

Brilladoro era el nombre del caballo de Roldan. Cuando este caballero perdió el juicio lo abandonó con sus armas. Mandricardo lo encontró paciendiendo en el campo, y montado sobre él combatió con Rugero, quien lo venció y mató y dió el caballo *Brilladoro* al rey Agramante, del que pasó á su primitivo dueño Roldan.

(1) Cervantes tuvo presente y remedó este pasaje en el Quijote.

El caballo de Reinaldos de Montalvan se llamaba *Bayarte* ó *Bayardo*. Se hace mención de sus habilidades en la historia de Morgante.

Molinero fué el nombre del caballo de Hernán Cortés, según la descripción de los conquistadores de Nueva España por Bartolomé de Góngora.

Es sabido que el de don Quijote se llamaba *Rocinante*, porque antes fué recin.

La mitología griega enseñaba que el caballo no había existido en la primera edad del mundo. Neptuno, decía, disputando con Minerva sobre el modo de hacer á los hombres el donativo más útil, hirió la tierra con su tridente é hizo salir un hermoso caballo; por cuya razón tuvo aquel dios el sobrenombre de *Ippio*, derivado de caballo.

Panfo, poeta más antiguo que Homero, dice que Neptuno dió á los hombres el caballo y aquellas torres ondeantes llamadas naves; y por esto, continúa, el caballo era también el símbolo de la navegación.

Virgilio, invocando á Neptuno al principio de las Geórgicas, hace mención del presente que este dios hizo á los hombres; y Menelao en la *Iliada* dirige á Antiloco estas palabras: «Jura por Neptuno con la mano puesta sobre tus caballos, jura que tú no usaste fraude ni engaño para sobrepujarme ó vencerme.»

Por esta razón seguramente se ofrecieron algunas veces en sacrificios caballos al mar. Mitrídates, para tenerle favorable, hizo precipitar en él un carro con cuatro caballos. Por medio de estos sacrificios se creía también tener propicias las divinidades de los ríos. Gerges inmoló uno al Estrimón antes de pasarle para ir á la Grecia, Tirídates ofreció un caballo al Éufrates.

Algunas veces se contentaban con abandonar á sí mismos y dejar vivir en libertad en los prados vecinos á los caballos que se querían ofrecer en sacrificio, como hizo Julio César al pasar el Rubicón, dedicando á este río muchísimos de los caballos que le habían servido en la conquista de las Galias, dejándolos en las praderas inmediatas.

No se encuentran jamás caballos en los jeroglíficos egipcios, ni en los autores antiguos profanos que hablan de esta región; lo que hace creer que este animal no era conocido en ella. Ninguno de los antiguos que escribieron sobre el arte veterinaria ha hecho mención de una raza egipcia; y en efecto, todos los caballos que en el día se ven en el Egipto son de raza árabe.

Los persas, los atenienses y mesajetas inmolaban caballos al sol. Tácito dice que los esvевios, antiguos pueblos de la Germania, mantenían á espensas comunes en los bosques sagrados algunos caballos de los que deducían oráculos. Ninguno podía tocarlos, el solo sacerdote y el jefe de la nación los ataban á un carro sagrado acompañándole y observando sus movimientos y relinchos, y no había presagio al que diesen más crédito que á este.

Los scitas adoraban al dios Marte, y los lacedemonios al sol bajo la figura de un caballo.

El caballo era el animal consagrado á Marte, dios de la guerra, como el más á propósito para los combates.

Los romanos le inmolaban uno cada año en el mes de octubre en el campo de Marte, en memoria del caballo de Troya.

Los autores latinos dan algunas veces á los caballos nombres relativos á los varios usos que se hacía de ellos en la sociedad. Llamaban *equus avertarius* al caballo que llevaba la balija; *equus publicus* al caballo comprado á espensas del tesoro público, que los censores daban á los caballeros; *equus sellaris* ó *celes* al caballo de silla; *equi lignei* á los caballos de madera del campo de Marte, sobre los que la juventud romana se adiestraba en la equitación, etc., etc.

Se llamaban entre los romanos *caballos de triunfo* los cuatro caballos blancos que puestos de frente tiraban del carro en que hacía su entrada triunfal en Roma el general á quien se habían concedido aquellos honores.

El encuentro de un caballo era un presagio de guerra entre los antiguos. Apenas Eneas había pisado el suelo de Italia, cuando vió cuatro caballos más blancos que la nieve, que pacían en un prado. Entonces Anquises exclamó: *«Bellum, ó terra hospita, portas!»*

Los caballos pasciendo libremente denotan la paz y la libertad, ó simplemente un país abundante de pastos.

El caballo fué tenido también como símbolo del imperio y de la autoridad.

Los tesalios fueron célebres en el arte de la equitación; por cuya razón se ven esculpidos los caballos en sus medallas. Entre los griegos, las razas del Epiro, de Argos y de Misenas superaban á todas las otras.

El modo de montar á caballo de los antiguos antes de la invención de los estribos era de tres maneras: 1.º por medio de escuderos que ayudaban á subir; 2.º poniendo el pie en una especie de madero que salía de la lanza á pocos palmos del cuento de ella, ó bien subiéndolo en unos poyos que había hechos á propósito de cierta en cierta distancia en los caminos públicos de los griegos y romanos; y 3.º subiéndolo de un brinco ó salto. Otros dicen que enseñaban á los caballos á hincar las rodillas para poder montar con más comodidad, como se hace con los camellos. Silio Itálico refiere que herido Clezio en la batalla de Cannas, su caballo se inclinaba inmediato á su amo como para facilitarle que pudiese montar y salvarse.

Los despojos de los tigres y de los leones fueron las primeras gualdrapas de los caballos; y luego se sirvieron de toda suerte de telas. Los magistrados romanos las tenían de púrpura para denotar su grado, y los emperadores les iniciaron.

Se señalaban ó marcaban los caballos con un hierro, como se hace ahora. Las marcas más comunes eran una cabeza de buey, de donde viene el nombre *bucéfalo*, la letra *sigma* y la *cappa*.

Antiguamente los caballos se ataban á los carros por medio de un yugo que se les ponía sobre el cuello. El arreo de los que tiraban los coches era sencillísimo: consistía en

un pretal y una segunda correa que pasaba por el cuello y sostenía el mismo pretal.

Tenemos algunos monumentos que manifiestan que antiguamente se cortaban también las crines de los caballos, cuyo uso era particularmente seguido durante el luto.

Los antiguos creían, que habían existido algunos caballos con una especie de pie humano. Suetonio y Plinio cuentan, que se admiró semejante prodigio en el caballo de Julio César, el que mandó hacer su estatua y la colocó cerca del templo de Vénus. Parece que el emperador Gordiano Pío tuvo un caballo con la misma singularidad, si lo deducimos de lo que se ve en una medalla de la ciudad de Nicea.

Desde los relinchos del caballo de Dario que le valieron la corona de Persia, y los del de Dionisio el Tirano que le anunciaron la de Siracusa, los agoreros y supersticiosos consideraron como importante y profético el lenguaje de los caballos.

V. J. B.

Á C*** EN SUS DIAS.

¿Por qué la aurora más puros hoy sus fulgores esparce?

¿Por qué cantan más alegres sobre las ramas las aves?

¿Por qué el sol allá en Oriente con luces más vivas arde, y con más tranquilo arrullo vuela el céfiro en los aires?

¿Por qué, en fin, naturaleza parece regocijarse, y hay en la flor más colores y perfumes más suaves?

Es que aunque das en la vida un paso más adelante, aun guardas, niña, en el seno la pura esencia del ángel.

Es que aun de los desengaños la amarga hiel no libaste; y á tu inocencia tributa el universo homenaje.

¡Pobre niña! ¡pobre niña! acaso poco te faltó para mirar convertidos tus ensueños en verdades.

Tal vez tantas ilusiones como en la mente fraguaste verás cumplidas muy pronto y en dichas ciertas trocarse.

Más al par que esa ventura tu pecho virgen halague, ¡cuántos martirios acaso tus delicias acibaren!

Con el dolor en el alma y la risa en el semblante será á veces la mentira quien consuelos te depare.

Tal vez de amor en las redes tu corazón se dilate, y en su océano de goces tus sufrimientos se apaguen.

Más si los amores, niña, son de placer manantiales, ¡cuántos dolores en cambio de entre sus placeres nacen!

Que no hay rosa sin espinas, ni cielo sin tempestades; y las espinas de amores heridas muy hondas abren!

Más cesa ya en tus recelos, amarga pluma, y no marques sobre esa tranquila frente el sello de los pesares.

¿A qué turbar de la duda con el martirio punzante un corazón de fé henchido, y de ensueños virginales?

Disfruta, disfruta alegre de esa juventud amable, que tu existencia circunda de perfumes celestiales.

Que si bien das en la vida un paso más adelante, aun guardas, niña, en el seno la pura esencia del ángel.

18 mayo 1860.

ANTONIO CORZO Y BARRERA.

YORK.

Es un axioma corriente entre los literatos el que dice que no todo lo que es cierto es verosímil.

La presente historia es una prueba palpable de ese axioma.

Tanta es la inverosimilitud de la aventura que voy á contar al que estas líneas lea, que por mucho tiempo he dudado en presentarla al público, á pesar de que por lo extraordinaria es digna de llamar la atención del lector. Pero habiendo llegado á mis manos las historias extraordinarias de Edgardo Poe, y al ver en ellas cosas más fuertes aun que las sucedidas en mi aventura, me dije: si acaso al leer

mi narración cree el público, que *es grilla*, al menos tendrá el consuelo de no ser el solo embustero en la república literaria. Ahí está Edgardo Poe que no me dejará solo, además de Dumas, Ponson du Terrail y algunos más.

Y escribí la relación que el lector vá á ver, tal como realmente sucedió.

I.

Hace un año que negocios de familia me obligaron á volver á las Filipinas. Había concluido mis estudios en España, pero acostumbrado á la vida llena de animación de Europa, y sabiendo por experiencia lo monótono de la vida lánguida é indolente de los trópicos, decidí no permanecer en Manila más de cuatro á seis meses.

¿A qué contar mi viaje? Visité la isla de Malta, pedestal á que falta la estatua, la orden de los hospitalarios: estuve en Alejandría, cuna de aquella gran escuela filosófica: bajé por el Nilo, pasé el istmo de Suez, y atravesé el mar Rojo: me detuve algunos días en Ceilan, y no muchos después entraba en la bahía de Manila.

Nunca vuelve uno al pueblo que le vió nacer, donde jugó niño, donde recibió los besos de una madre, sin humedecerse los ojos y conmoverse el corazón. Así, pues, mis primeros días de estancia en Manila fueron concedidos al sentimiento.

Pero á mí siempre me han hecho falta dos cosas desde que entré en la adolescencia, á saber: un amigo de quien ser el *alter ego*, y una mujer á quien amar. A la semana de estar en Manila me puse por tanto á caza de un amigo y de un amor. Un día revolviendo mi cartera de viaje encontré lo primero. Era una carta de recomendación para el conde Maffio Villabianca, noble siciliano, al que sus ideas liberales habían obligado á emigrar de su patria. El que me había dado aquella carta me había dicho que el conde era joven, de buena figura, de educación esmerada y sumamente amable y afectuoso en su trato. Apresuréme á llevar la carta, y fué tan cordial la acogida que me hizo, y de tal manera simpatizamos, que á los tres días creíamos que nos habíamos conocido toda la vida, y no podíamos pasar el uno sin el otro.

Ocurrióseme decir á Maffio que necesitaba amar á alguna mujer. Sonrióse al oírme y contestó:

—Esta noche encontrarás lo que buscas. Iremos á casa del cónsul de Inglaterra, que reúne una vez á la semana con pretexto de tomar el té, á una docena de señoras y dos ó tres de hombres, de las familias más principales de Manila. Te presentaré y solo tendrás el trabajo de la elección.

—¿No sería conveniente que antes de presentarme me anunciase?

—Sin duda alguna. Para eso vendrás esta tarde en mi carretela á paseo, y cuando pase la del cónsul, iré un momento á ella, á rogar á Mister Jamesson me permita hacer esta noche misma tu presentación.

Quedamos convenidos en ello. Por la tarde fuí anunciado á la señora del cónsul inglés, y por la noche en cuanto me hubo puesto el frac negro y la tradicional corbata blanca, llegó el conde Maffio y nos dirigimos á la casa del cónsul.

Mister Jamesson era un súbdito inglés en toda la extensión de la palabra. Delgado hasta la demacración, alto, con grandes patillas rubias y ojos grises, orgulloso, formulista, y sin embargo excelente sujeto. Me recibió muy bien. Mistress Jamesson, por el contrario, tenía el cabello estremadamente negro, que resaltaba sobre la blanca mate de su rostro: sus ojos eran azules, la expresión de su rostro dulce y simpática.

Cuatro ó cinco señoras de alguna edad, media docena de muchachas y unos veinte caballeros componían la tertulia del cónsul. Hallábanse reunidos en la *cayda*, especie de ancha galería, cuyos anchos balcones se abrían sobre una azotea cubierta de magníficos jarrones en que florecían las plantas más hermosas de aquellos climas. El fresco de la brisa de la noche, llena de armonías nunca oídas, y de los embriagantes perfumes de las flores tropicales, penetraba en la *cayda*, trayéndonos á veces los sonidos de un *comingtang*, que algún *zacatero* entonaba al cruzar el *Pasig* en su *banca*.

Después de un rato de conversación con Mister y Mistress Jamesson, me puse á pasar revista á las muchachas que había en la reunión. Todas eran morenas con hermosos ojos negros y cabelleras azabachadas. Digo mal, entre ellas Miss Emma Jamesson, pálida, rubia y llena de melancolía, semejava una rosa blanca en el centro de un ramillete de rosas de Alejandría. Todos los ojos negros se fijaban en mí, solo los ojos claros y de azul transparencia de Emma no me miraban. Esto fué lo que me decidí. Hay siempre en la mujer que no fija su atención en nosotros un no sé qué que nos arrastra hacia ella. Cogido del brazo de Maffio, me acerqué á Miss Jamesson: mi amigo me presentó según todas las reglas inglesas, y en seguida me dejó sentado al lado de la linda Miss.

Nuestra conversación giró en un principio sobre generalidades: iba ya concretándose y siguiendo una dirección favorable á mis miras, cuando un lacayo anunció á la puerta de la *cayda*.

—Monsieur de Jussienne. El conde de Cagliostro.

El último nombre me hizo dar un salto en mi silla.

—Mr. de Jussienne, me dijo Emma, es el cónsul de Francia. En cuanto al conde de Cagliostro, no tengo el gusto de conocerle.

—Por lo visto, contesté, esta es noche de presentaciones.

Había yo leído las cuatro partes de las *Memorias de un médico* de Alejandro Dumas (José Balsamo, —Angel Pitou, —El Collar de la Reina, —La condesa de Charney,) así es que el nombre de Cagliostro me llamó la atención. Observé atentamente al recién llegado y ví con sorpresa que

era efectivamente vivo retrato del que el popular novelista francés nos presenta en su novela.

—¿Hace mucho que está V. en Manila? le preguntó Mistress Jamesson en inglés.

—Esta mañana he llegado. Hallábame en la India adonde había ido con objeto de atizar un poco el fuego de la insurrección contra el Reino Unido... Dispénsame V. mi franqueza, señora... habiendo dejado antes a la Isla de Santo Domingo, constituida en república, cuando pensé que hacía largo tiempo que no veía las Filipinas y vine á ellas.

—¿Ha estado V. otra vez aquí, por lo visto?

—Sí, por cierto: hacía la segunda mitad del siglo XVI. Era gobernador de las Islas el doctor Francisco de Sande, quien, irritado al ver el atrevimiento de los piratas chinos, decidió matar la piratería de raíz, nada menos que conquistando el Celeste Imperio. Hallábame entonces en las Molucas, y recordando los buenos ratos que me habían proporcionado las aventuras, fazañas y desentuerzos del héroe de la Mancha, de muchos de cuyos altos hechos fui testigo presencial, deseé presenciar también esta nueva hazaña á lo Don Quijote, y vine á Manila para ir en la expedición á China. Desgraciadamente el gobierno de España encargó al doctor Sande viviera en paz con las naciones vecinas y se limitara á defender las costas del archipiélago de las incursiones de los piratas.

Todos cuantos se hallaban en la tertulia se sonreían con incredulidad á las palabras del nuevo Cagliostro: éste, al ver esas sonrisas y comprender su significado, frunció ligeramente el entrecejo.

En esto Mistress Jamesson cogió de un veladorcito de maque de China una campanilla de plata y la agitó durante un segundo. Al sonido vibrante y claro de la campanilla, un extraño criado apareció en la puerta de la *cayda*, llevando en una gran bandeja un servicio completo de té.

Vestía aquel criado de nueva especie, un pantalón de dril blanco, y una chaqueta abotonada de la misma tela. Pero con la blancura del lienzo contrastaba estrañamente el rostro negruzco y repugnante del orangutan, que tal era aquel lacayo. Sus manos y sus pies que también llevaba desnudos, presentaban los caracteres propios de los cuadrumanos. Era en fin un verdadero mono, un orangutan de cinco pies, dos pulgadas y algunas líneas de estatura.

Cagliostro, al verle, sonrió: tal vez había encontrado el medio de convencernos de que no era un charlatan.

—York, dijo Mistress Jamesson al mono, trae el agua caliente.

El orangutan se apresuró á obedecer y volvió con una cafetera, con cuya agua caliente concluyó de llenar las tazas de té. En seguida fué dando á cada uno, de los que allí estábamos, una de ellas. Cuando hubo terminado la repartición de las tazas, se detuvo de pié en medio del salón, como esperando las órdenes de su señora. Esta se hallaba ocupada en tomar su té.

En cambio Cagliostro se colocó frente á frente del mono y se puso á mirarle con una fijeza estraña. Poco á poco los ojos del orangutan fueron apagando su mirada, hasta quedar por completo como si fueran simplemente de cristal.

Entonces el conde estendió hácia él su mano y pronunció en voz baja algunas palabras.

—¿Qué dice V.? le preguntó Maffio.

—Estaba magnetizando al mono.

Efectivamente York ante el fluido que el brazo estendido de Cagliostro dirigía hácia él, empezó por retorcerse en terribles convulsiones y concluyó por caer como inerte en una butaca de *bejuco*.

—¿Duermes? le dijo Cagliostro.

—Sí, contestó York.

Un estremecimiento de terror circuló por los cuerpos de cuantos estábamos en la *cayda*.

No se asusten ustedes, murmuró el magnetizador dirigiéndose á nosotros. Los animales gozan también de razón como el hombre: solo que no tienen el inapreciable don de la palabra; en cambio ellos se entienden con sus gruñidos, nosotros somos los que no sabemos comprenderlos. Así, pues, no es una cosa sobrenatural el que se pueda obrar sobre ellos magnéticamente y que se pueda ejerciendo una gran influencia y con gran esfuerzo de voluntad dotarles por un momento de palabra, así como á un hombre magnetizado se le hace saber lo que naturalmente no sabía y olvida después. Además, bien saben ustedes que los indios filipinos dicen que los monos saben hablar, pues, son hombres, pero que no hablan por no pagar tributo. Tal vez no les falte razón.

Pueden ustedes hacer á York las preguntas que quieran con mi intervención.

El asombro impidió á todos pronunciar una palabra durante algunos minutos. Miss Emma fué la primera que rompió el silencio diciendo:

—Desearía que York me dijese si lo que nos refiere Buffon en su historia natural respecto á los monos es cierto.

Cagliostro dirigió esta pregunta al orangutan.

—Todo cuanto el gran naturalista ha dicho, respondió éste, es la pura verdad. Buffon conocía tan perfectamente nuestras costumbres y las ha descrito con tal exactitud, que fué digno de llegar á ser mono.

Esta contestación nos hizo soltar la carcajada.

—Tiene la dignidad y el orgullo de su raza, dijo Cagliostro. ¿Hay alguno que quiera preguntar algo más?

—Sí por cierto, señor conde, se apresuró á decir Maffio. La historia de un mono debe tener episodios interesantes: me atrevo, pues, á rogar á V. se sirva mandar á York que nos cuente sus aventuras.

Cagliostro estendió sus dos brazos hácia el orangutan, y durante algunos momentos le sobrecargó con una inmensa masa de fluido.

—¿Oyes lo que dice el conde Maffio Villabianca?

—No, respondió York.

—Quiere que le cuentes tu historia.

—Sufro mucho.

Cagliostro hizo algunos movimientos.

—Gracias, siguió diciendo York, ya no padezco.

—Pues cuenta tu historia.

—No me acuerdo bien.

—Acuérdate, yo te lo mando.

York tuvo una especie de convulsión, después dijo:

—Ya recuerdo todo; os obedezco, oid.

Y empezó así su narración:

(Se concluirá.)

LAS HADAS Y SUS HECHIZOS.

CUENTOS ALEMANES POR HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

CUENTO OCTAVO, DIVIDIDO EN VARIAS HISTORIAS.

LA REINA DE LA NIEVE.

HISTORIA SEGUNDA.

UN NIÑO Y UNA NIÑA.

En una vasta ciudad, en donde era la población tan numerosa y estaban las casas tan apretadas unas con otras que no quedaba lugar para que cada familia tuviese un jardín, y por consiguiente habían de contentarse los habitantes con tener unas pocas flores plantadas en macetas, vivían un muchacho y una muchacha que tenían un jardincito, muy chico, pero algo mas espacioso que una simple maceta de flores. No eran hermano y hermana; pero se querían tanto como si lo fueran.

Habían sus padres en las guardillas de dos casas, situadas una enfrente de otra, pero que podían comunicarse por medio del terrado de otra casa, que las unía por uno de los lados; y había un canal, ó conducto de aguas, que corría de tejado á tejado de las dos casas. Cada una de esta tenía su ventanita, y saltando de ella á la canal era fácil pasar de ventana á ventana.

Los padres de los dos muchachos tenían cada uno una gran caja de madera llena de tierra, y en ella cultivaban algunas verduras para su uso, además de un rosal para su regalo. Había un rosal en cada caja, y ambos florecían que era un encanto. Las colocaron debajo de la canal de tal modo, que casi llegaban de ventana á ventana, formando así dos márgenes floridas. Las plantas de guisantes llevaban sus zarcillos fuera de los bordes de las cajas, y los rosales estendían sus renuevos, que se encaramaban por las ventanas y se entrelazaban unos con otros. Todo ello venía á formar como una especie de arco de triunfo hecho de hojas y de flores.

Como las cajas eran muy altas, y los niños sabían que no debían subirse á ellas, con frecuencia se les daba á estos permiso para que bajasen por la ventana al terrado de comunicación, y allí se sentasen en sus taburetes debajo del dosel de rosas. ¡V, cómo jugaban entonces!

Mas en invierno se acababa esta diversion. Las ventanas se cubrían á menudo por de fuera de espesa escarcha; pero en este caso los niños calentaban monedas de cobre al fuego de la estufa y las aplicaban á los cristales, de suerte que muy pronto se hacía en ellos un círculo trasparente por donde pasar las miradas. Al punto se asomaba en cada cristal, así practicado, un ojo alegre y animado. Eran los dos muchachos que se contemplaban. Él se llamaba Kay: el nombre de la niña era Gerda.

En verano, para estar cercanos, no tenían mas que dar un salto desde la ventana al terrado; pero en invierno habían de bajar muchas escaleras de la una casa y subir luego las de la otra.

Caían de las nubes los copos de nieve.

—Las abejas blancas salen en enjambres de las colmenas—dijo la abuela.

—¿Tienen ellas también una reina?—preguntó el chico.

—Por supuesto:—le contestó la anciana.—Vuela por entre lo mas espeso del enjambre. Es la mas grande de todas las abejas y jamás se pára en la tierra, pues apenas llega al colmenar vuelve á remontar el vuelo. A veces pasa volando por las calles de la ciudad, y se acerca á los cristales de las ventanas, que se hielan en curiosos dibujos y parecen sartas de flores.

—Sí; muchas veces lo he visto;—dijeron los dos muchachos á la vez: y en efecto demasiado sabían que era cierto.

—¿Puede entrar aquí la reina de la nieve?—preguntó en esto la niña.

—Déjala que entre,—interrumpió su compañero;—que yo la pondré dentro de la estufa y fuerza será que se derrita, mal que le pese.

Pero la abuela le acarició la cabeza y se puso á contarles cuentos.

Por la noche, cuando Kay estaba ya de vuelta en casa y había principiado á desnudarse, se subió á una silla y miró por la ventana al través del círculo deshelado, y vió que caían gruesos copos de nieve, muchos de los cuales se detonaban en los bordes de las cajas de flores, y se fueron amontonando en tan gran cantidad, que al fin formaron un gran bulto, que tomó poco á poco la figura de una mujer, vestida de aérea y blanca gasa tachonada al parecer con millones de menudos copos relucientes como estrellas. Era estremadamente hermosa, aunque hecha de duro y macizo hielo. Sin embargo, vivía: eran sus ojos relucientes como dos astros, y se movían de continuo. Hizo una señal hácia la ventana, indicándola con la mano. El muchacho se espantó tanto de esto, que se retiró al instante y bajó de la silla y luego le pareció como que veía pasar por detrás de las ventanas un objeto como pájaro que volaba.

Al siguiente día hubo también helada; pero no tan recia. Muy pronto fué disminuyendo el frio y al fin llegó la tan deseada primavera. El sol lucía claro y alegre; la tierra es-

taba ya pintada de verde; las golondrinas hacían sus nidos en lo alto de las casas; las ventanas se abrían, y los dos niños podían otra vez sentarse juntos, cerca del jardín del terrado, lo cual valía mas que todas las consejas que la buena abuela les contaba en las noches de invierno.

En aquel verano echaron los rosales mas hermosos pimpollos que en todos los anteriores. La niña Gerda había aprendido á cantar una canción en que se hablaba de rosas, y las que veían abrirse en el jardincito se la recordaban; así es que se la cantaba á su compañero, diciendole:

Nace la rosa, y ¡ay! en mustio duelo
¡Muere de repente!
Pero el niño Jesus, allá en el cielo,
Vive eternamente.

Y los dos niños se cogieron de la mano y besaban las flores, y alzaban los ojos al brillante resplandor del astro de Dios, y le hablaban, como si hablasen con el Niño Jesus. ¡Oh qué hermosos días eran aquellos! ¡Era tan delicioso el estar cerca de los frescos rosales, que florecían cada día mas, como si nunca hubiesen de agostarse!

Kay y Gerda estaban una tarde sentados, examinando en un libro las láminas que tenía de pájaros, peces y cuadrúpedos, cuando el reloj de la parroquia dió las cinco, y Kay exclamó.

—¿Qué será esto? Algo me está punzando el corazón, y se me ha caído no sé qué en este ojo.

La niña se le acercó; le puso el brazo al rededor del cuello; le estuvo examinando los ojos; pero por mas que él pestañeaba, nada veía.

—Pienso que ya se me ha quitado,—dijo entonces el muchacho; pero no era así.

Tenía uno de aquellos imperceptibles fragmentos del espejo mágico que aun no hemos olvidado, de aquel espejo, que ponía chicas y feas todas las cosas grandes y hermosas, al paso que daba realce y engrandecía á todo lo malo y desagradable y hacía visibles y asquerosos los mas pequeños defectos. El pobre Kay había recibido también en el corazón otra partícula del malhadado espejo, la cual le creció al punto hasta hacerse como del tamaño de un terrón de hielo. En esto dejó de sentir dolor; pero los fragmentos maléficos allí quedaron.

—¿Por qué estas llorando ahora?—le preguntó la inocente Gerda.

—Nada me duele,—contestó él—pero, te veo tan fea! ¡Calla!—añadió de repente,—esta rosa tiene un agujero, carcomido por los gusanos! ¡Esta otra está toda torcida! ¡Qué horribles son todas ellas! Como los toscos cajones en que están plantadas.

Y dió un puntapié á las cajas, y arrancó y pisoteó las rosas.

—¡Kay! ¿qué estas haciendo?—dijole llorando su compañera, y cuando él la vió tan alarmada, arrancó otra rosa, la arrojó al suelo y se escapó á su cuarto saltando en él apresuradamente por la ventana, y dejando sola á la infeliz Gerda.

Cuando al siguiente día esta le hizo ver el libro de las láminas, él no quiso mirarlo, diciendo que esas tonterías eran buenas para niños de teta, no para muchachos ya cuasi mozos.

Cuando la abuelita se ponía á contarle consejas, la interrumpía él á cada paso con «peros» y con «sies» y se colocaba en pié detrás de ella, de modo que no le viese, se calaba unas antiparras, y remedaba todos sus gestos y su voz gangosa, con tanta exactitud que todos se reían. Lo mismo sabía remedar en la persona y en la voz á todos los que pasaban por la calle, y de todos ellos se burlaba, haciendo notar sus defectos, así es que cuantos le oían exclamaban: —«¡De seguro, este muchacho va á ser un gran genio!»

Pero todo era efecto de los pedazos del espejo que tenía en los ojos y en el corazón, que le hacían mordaz hasta contra la pobre Gerda, que tanto le quería.

Sus entretenimientos eran ya muy distintos de los que hasta entonces le habían divertido; eran entretenimientos de mozo, no de muchachuelo.

Un día, en que nevaba, llegó con un lente de aumento y traía en el faldon de la levita una porción de nieve recogida.

—Mira al través de este lente,—le dijo á Gerda.

Y cada copo apareció multiplicado en su tamaño y parecía una flor hermosa, ó una estrella octágona y por cierto muy bonita. Mientras tanto iba diciendo:

—¿No ves? Esto sí que es científico, y sobre todo mas interesante que las flores naturales. No hay ningun defecto en estos objetos, todo es perfecto, con tal que no se derritan.

Poco después, se presentó Kay con guantes de espeso ante, y un trineo colgado á la espalda, y llamando á Gerda le dijo:

—Tengo permiso para ir á la plaza Mayor, en donde los otros muchachos están patinando y jugando.

Y allá se fué.

Los muchachos mas atrevidos solían atar sus trineos á los carros de los aldeanos que atravesaban la ciudad y seguían arrastrados por ellos durante largo trecho. Y esto les divertía mucho. Cuando mas animados estaban, jugando todos en la plaza, pasó un trineo muy grande y elegante, pintado todo de blanco, en donde venía sentada una persona envuelta enteramente en una fornida piel, blanca también, y cubierta con un gorro tosco de piel del mismo color. El trineo dió con gran rapidez dos vueltas alrededor de la plaza, y Kay habiendo atado con diestra ligereza su trineito detrás del trineo blanco comenzó á correr arrastrado por él. Se deslizaba este muy de prisa, y luego mas aprisa todavía, se metía por las calles vecinas á la plaza. El conductor volvió la envuelta cabeza hácia atrás y saludó con ella á Kay, como si fuera conocido antiguo; y cada vez que el muchacho quería desatar su trineito, el conductor le saludaba otra vez, y guiaba mas aprisa, para impedirle de suerte que Kay volvía á sentarse, y así fueron siguiendo

hasta fuera de la ciudad. Nevaba entonces con tanta furia, que el pobre muchacho no podía ya ver objeto alguno á dos pasos de distancia; pero el trineo grande no cesaba de correr, y por mas que él intentaba desenganchar el suyo no podía conseguirlo: antes por el contrario, cuanto mas corrían, mas pegados iban el trineo y su satélite; los cuales volaban ya con la rapidez del viento. Principió el niño á dar chillidos; pero nadie le oyó; y los copos de nieve iban cayendo mas y mas gruesos, y con creciente furia; y el trineo seguía volando, y de vez en cuando experimentaba violentas sacudidas, como si fuesen pasando por encima de peñascos y vericuetos. El muchacho estaba asustadísimo y quería rezar un padre nuestro; pero hacía el diablo que no se le venia nada á la memoria mas que la tabla de multiplicar.

Y crecían en tamaño los copos de nieve, hasta que caían ya tan grandes como aves silvestres en que se transformaban. De repente todas ellas saltaron á uno de los lados del trineo; y el trineo se paró; y la persona que en él iba se levantó. El gorro y la pelliza eran de nieve y el muchacho conoció en aquella muger flaca de reluciente blancura á la Reina de la Nieve.

—Hemos venido á buen paso:—le dijo ella.—Si no quieres helarte, ven acá, y cobijate bajo mi piel de oso.—Y le arrimó junto á sí, y le envolvió con la piel blanca, lo cual le pareció á él como si se hundiese en una sima de hielo.

—¿Todavía estas helado?—le preguntó, mientras le daba un beso en la frente. Este beso lo sintió el muchacho como si fuera de hielo. Le llegó hasta el corazón, que lo tenía ya helado con el fragmento del maligno espejo: tanto que pensó iba á morir. Pero muy pronto estuvo mejor que nunca, y dejó de sentir el frío de la atmósfera que le rodeaba.

—¿Mi trineo! ¿Dónde está?—Este fué su primer pensamiento, tan luego como volvió en sí.

La Reina de la Nieve lo colocó sobre una de las aves silvestres que seguían volando detrás de su trineo. Volvió luego á besarle, y entonces Kay se olvidó de Gerda, y de su abuela, y de todo lo de su casa.

—Ahora no mas besos: de lo contrario te causaría la muerte.

Kay la miraba y la encontraba hermosa. Jamás había visto una fisonomía tan amable ni tan seductora. Muy pronto ya no le parecía de hielo, como la primera vez que la vió cuando estando sentada en el terrado, la contemplaba él desde la ventana. Ningun miedo tenía de ella, y á sus ojos era perfecta. Le dijo que ya sabía contar de memoria, y hasta reducir quebrados, y que sabía tambien cuántas millas de estension tiene la tierra y cuál es el número de sus habitantes.

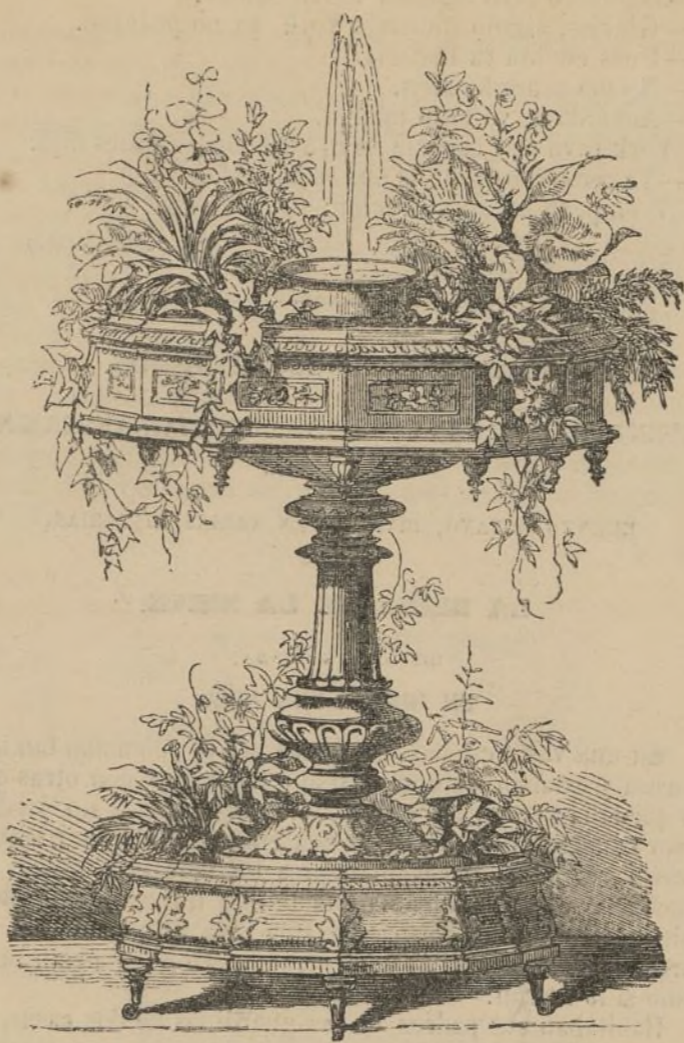
La Reina se sonreía mientras le estaba escuchando; por lo cual él conoció que no era todavía bastante lo que sabía, y que había de aprender mas; y levantó los ojos hacia la vasta bóveda del cielo, como aspirando á mayor ciencia: y entonces ella se remontó con él hasta mas arriba de las nubes, en donde se forman las tempestades, y allí parecía como que se oían cantos armoniosos. Y juntos volaron por encima de selvas, y montes, y lagos, y rios, y atravesaron el anchuroso mar, y vieron lejanas tierras. Por debajo de ellos rujían los vientos, y ahullaban los lobos, y crujía la nieve, y el negro cuervo graznaba horriblemente. Pero allá, cuando se remontaron á mas elevadas regiones, todo era claro y brillaba la plateada luna, y contempló Kay por primera vez la larga noche del invierno. Durante el día dormía á los pies de la Reina de la Nieve.

REFUGIO CONTRA LA TORMENTA.

¿Veis á ese hombre de rostro airado, de ademanes enérgicos, de hablar turbulento, de paso irregular, que viste con descuido, que no gusta de teatros ni tertulias y que trata á su familia con aspereza? Es un jugador. Ríe raras veces y entonces con frenesí y como insultando á los que le escuchan; su estado habitual es el desasosiego, el mal humor que se encona contra el primero que le contradice y que se ceba en una pulla picante contra el que le aplaude. Ni trabaja ni se divierte, porque su pasión le tiene abstraído sin dejarle tiempo para el arreglo de sus negocios ni para acariciar á sus hijos. No piensa en su porvenir, ni aun en su presente si por su presente no se entiende el azar de un entres ó el acertado golpe de una carambola; el mundo es para él la sala de juego y la humanidad la viciada turba que allí se rebulle y á la cual mira con ojeriza aunque no puede dejar de tratar porque le acosan deseos ardientes de arruinarla. Huyen de él, como de la tormenta los pajarillos, la tranquilidad y los sentimientos placidos y puros, puesto que la atmósfera viciada por el odio, la estafa y los arteros sentimientos en que vive está reñida con la ternura.

Ayer nadaba en la abundancia y derramaba el oro adquirido en un momento en que le sopló la suerte con viento favorable. Mañana se verá tal vez pobre y en necesidad de mendigar una onza á un amigo para continuar la apuesta. Su vida es un vaiven continuo de la opulencia á la estrechez; pero no se detiene á meditar ni en una ni en otra porque ambas son para él transitorias. Además: no le queda tiempo para meditar sobre semejantes pequeñeces, porque le tienen engolfado á todas horas mas serios cálculos: las reglas para apuntar en la banca ó la fuerza de las bolas al rebotar sobre el billar.

Y se suceden los días que son para él otros tantos cambios de fortuna y otras tantas gotas de hiel que se infiltran en su alma en las horas de desgocho y que acabarán por acibararla. Prueba como se le presenta la suerte y tras un rato de perder dice que está de desgracia; pero aquella contrariedad es nuevo estímulo que le ciega y le impulsa á



Florero y fuente de salón.

porfiar en sus jugadas, y apunta y pierde y se desespera, y pide prestado y vuelve á pedir y vé desaparecer tras un momento sus caudales, sus vestidos y sus muebles. Aquella tarde queda su casa desmantelada, y sale cerrando con estrépito la puerta despues de empujar bruscamente á sus inocentes hijos que le demandaban una caricia. Dá oídos á su cólera y no á dos niños risueños y retozones; y es que vive para esa pasión, cuyos arranques le atormentan y destrozan su pecho en violentos latidos y no para los sentimientos de familia, para esas pasiones tiernas y delicadas que vivifican y regeneran el corazón arraigando en él la fé, que hacen probar al que las cultiva goces inefables y que dejan que el buen padre se considere en su pobre morada tan feliz como un rey rodeado de toda su grandeza.

Al día siguiente quiere probar el desquite, pero no puede recavar de sus amigos que le presten. La amistad adquirida en el juego es manceba traidora y astuta, que vuelve la espalda á aquel que no puede servirle de punto de apoyo para enriquecerse. Entonces llega á lo sumo la ira del arruinado, porque concentrada su vida en aquel recinto de donde lo repelen, no halla fuera de él ni una esperanza. Su situación apurada le lleva á meditar un instante; pero su razón se ofusca al peso de su quebranto y solo advierte que perdido el medio de satisfacer su pasión lo ha perdido todo. ¡Desventurado el que ha perdido la esperanza, porque se vé rodeado de un horizonte sombrío, y como la frágil barquilla que viéndose perdida se abandona á la saña de los elementos, espera que le arrastren y le arremolinen las tormentas de la vida y tal vez desea que una ola embravecida le sepulte! Se vá á su casa, donde le espera llorando su atribulada esposa. Su llanto le irrita y dice que no está para oír razones, ni enjugar lágrimas. Si le saliera al encuentro abiertos los brazos para consolarle, la rechazaría diciendo que es inútil toda palabra de consuelo. Sale ocultando debajo de su levita un arma fatal, el arma de los cobardes suicidas. Su pasión funesta le arrastra al precipicio y ha concebido la idea de atentar á su existencia.

«La vida es una cadena de sinsabores, esclama; un viaje escabroso que el hombre no puede soportar sin gran fatiga;» y así insulta con injuriosos motes á la vida, como si fuera lo que á él le parece á través del sombrío prisma de su desesperación. «Podemos atentar contra ella cuando nos es odiosa», añade; y no sabe que usa el lenguaje de los cobardes que desconfían de la lucha y que ejecuta la obra de los necios que cortan el nudo por no detenerse á desenredarlo. No ve mas que su pasión, que como un fantasma que le escarnece, le sigue por todas partes, y huyendo de él busca un lugar solitario donde dejar su cuerpo, porque el instinto, que las pasiones no borran, le impele á esconderse para matarse, como lo haría al ejecutar la acción que creyera mas vergonzosa.

Se interna en un bosque y asoma en sus labios una sonrisa diabólica al contemplar un árbol deshojado y de figura irregular, que estiende fatídico sobre él sus brazos como para darle la mano. Se detiene un momento para calcular si será mejor arrojar la pistola y ahorcarse en aquel árbol que le convida; mas luego prosigue su camino y contempla los objetos que le rodean como arrastrado por ese instinto que resiste á desprenderse de la vida y que hace que los suicidas mas decididos tiemblen ante su obra. Así continúa andando hasta que se presenta á sus ojos un cuadro inesperado.

En un espacio que el sol hiere por entre corpulentos árboles, está sentada una pobre muger peinando y prodien-

gando caricias á un niño. Sus trages dicen que están familiarizados con las privaciones; sus rostros revelan la tranquilidad de espíritu y el placer que florece, como planta oriunda en sus almas. La muger abraza y besa en la frente al niño que está dormido, y sus ojos brillan rebosando ternura y quizás su alma vuela trasportada por su maternal fantasía, forjando, llena de delicias, un porvenir para su hijo. Este llama en sueños á su madre, único nombre que sabe pronunciar. Allí, en aquel cuadro tan sencillo, aparecen elocuentemente la felicidad de la virtud y la inocencia.

El jugador no puede resistir á los encantos de aquella escena, y medita que tambien es padre. Una voz que le llama en el seno del bosque, le hace mirar quién le sigue; es la tierna voz de su esposa, que solicita le ha seguido acompañada de sus hijos, porque su corazón le auguró un porvenir de luto. El esposo arroja el arma como si se quemara á su contacto y corre á abrazar á sus hijos llorando á raudales. «Vosotros podeis aun hacerme feliz,» les dice sollozando. Es aquel el llanto que regenera su alma como un segundo bautismo; es el grito elocuente de la virtud desatada del vicio, que la ha tenido oprimida largo tiempo; es el amor de padre que se rebela al abandono de dos tiernos niños. ¡Oh! Bendito sea el amor de padre.

JUAN BAUTISTA FERRER.

VARIEDADES.

Amazonas.—El continente americano está regado por los rios mas grandes del universo: parecen lagos ó brazos de mar que corren magestuosamente por enmedio de las tierras. El rio de las Amazonas es una de las corrientes de agua mas hermosas que se conocen: su curso tiene de 4,200 á 4,500 leguas de estension; su anchura va aumentando progresivamente á medida que van entrando en él las aguas de sus rios tributarios, de manera que al principio solo tiene mil doscientas, mil quinientas y hasta dos mil toesas; luego una legua y media, dos, tres, y en fin, hasta cincuenta leguas cuando las aguas pluviales le hacen salir de madre. En su desembocadura tiene ordinariamente cincuenta leguas de ancho y quinientos pies de profundidad, y su corriente tiene tanta fuerza que sus aguas conservan su movimiento en el interior del mar en una estension de cuarenta leguas.

Este rio fué llamado así por los españoles porque encontraron en sus márgenes unas mugeres indias que llevaban los arcos y las flechas de sus maridos, y creyeron que aquellas mugeres ejercían la profesion de las armas como las famosas Amazonas de la antigüedad.

Inundaciones periódicas del Nilo.—Muchos rios, y el Nilo entre otros, salen de madre en ciertas épocas del año, y algun tiempo despues vuelven á entrar en su cauce. Tanto los antiguos como los modernos se han ocupado muy particularmente en descubrir las causas que influyen en el aumento de las aguas del Nilo hacia los meses de julio y agosto, y por qué este rio disminuye tan extraordinariamente durante el invierno. Las verdaderas fuentes del Nilo son todavía desconocidas, mas tenemos muy poderosas razones para creer que en el interior del Africa existen elevadas montañas que se cubren de nieve durante el invierno, y que estas nieves, convertidas en agua por el calor del sol, en la primavera y en el verano, aumentan las aguas del rio en épocas casi fijas; otros pretenden que las inundaciones del Nilo son debidas á las extraordinarias lluvias que caen en las regiones donde se encuentran sus fuentes ó manantiales.

Rios perdidos.—La superficie de la tierra está formada en algunos puntos de bancos de arena, y á veces se encuentran tambien debajo de ella subterráneos de una estension mas ó menos considerable; por lo tanto es muy posible que el curso de un rio cese de pronto cuando encuentra en su camino un banco de arena ó una caverna; en el primer caso sus aguas se irán infiltrando sin ruido para ir á salir muy lejos; el Rhin, por ejemplo, desaparece antes de llegar al mar, porque sus aguas son absorbidas por unos vastos arenales. El Loiret, que sale por completo en su origen á modo de una fuente, es el producto de muchos riachuelos de la Solaña que se infiltran y desaparecen en las tierras. Si un rio encuentra á su paso una caverna un poco espaciosa, empleará algun tiempo en llenarla, y cesará de correr mas abajo: esto es lo que sucedió con el rio Vienne, que se secó de pronto, hace unos treinta años, porque sin duda sus aguas habian desaparecido en una cavidad; y cuando estuvo llena, continuó su curso.

Blas sufría una crónica dolencia
de que un doctor curóle con su ciencia;
pero al fin, de resultados del brevaie,
tuvo á poco que hacer su postrer viaje.
De aquí saco un axioma de amargura:
que á veces vale el mal mas que la cura.

A. L. DE SABANDO.

Por todo lo no firmado,
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTÍNEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.